



Raquel Chang-Rodríguez

**«La Florida del Inca»:
vínculos novohispanos y proyección americana**

Hernando de Soto (c. 1500-42) a quien Carlos I de España y V del sacro imperio Romano-Germánico nombró gobernador de Cuba y adelantado de La Florida en recompensa a sus servicios a la Corona en Castilla del Oro, Nicaragua y Perú, inició la conquista del vasto territorio floridano desde Cuba en 1539. Varias décadas después, Garcilaso de la Vega (1539-1616) escribe La Florida del Inca obra donde cuenta los sucesos de la fallida expedición de De Soto.

Portada de la primera edición de «La Florida del Inca» (1605)
Cortesía de la Hispanic Society of America, Nueva York
Ante las ambiciones de Francia y el temor al avance del protestantismo, el cronista cuzqueño urge a la Corona, y a sus lectores, poblar y evangelizar esas tierras regadas con sangre de soldados y mártires españoles. La reciente conmemoración del cuarto centenario de la publicación de La Florida en Lisboa, en 1605, en las prensas de Pedro Crasbeeck, ha propiciado una revisión de la obra pautaada por nuevas direcciones críticas en el ámbito de los estudios coloniales. Si bien se ha reiterado su aporte

como documento histórico, igualmente se ha reconocido la factura literaria del texto. Esta se evidencia en la delicada elaboración de la anécdota, la carga simbólica que el narrador le otorga a los hechos y el singular empleo de recursos retóricos. Asimismo, el cronista cuenta la historia desde disímiles posturas discursivas que le permiten criticar el abuso de autoridad, cuestionar el impacto del coloniaje en La Florida y en los Andes, y reafirmar la valía del otro -ora indígena ora mujer- tanto como la común humanidad de todas las personas.

Los nexos entre Europa y América, Perú y México, La Florida y el Caribe, y el acercamiento de estos espacios geográficos constituyen principales líneas de fuerza en la comprensión de la obra. En este ensayo me interesa explorar el nudo novohispano de La Florida, ejemplificado por la presencia en tierra mexicana de los sobrevivientes de la expedición, primero en la zona del río Pánuco (actual área de Tampico) y después en México-Tenochtitlan. Propongo que en los capítulos que llamo «mexicanos» de La Florida del Inca -del 1 al 20 del sexto y último libro- el narrador entreteje sucesos de la Nueva España, La Florida y el Perú con una tensión e intención que nos obligan a integrar lo parcial en una amplia historia colectiva cuyos signos apuntan a una visión integral de América. Mi propuesta contribuirá, espero, a situar la crónica primeriza del singular cuzqueño, entre los textos que postulan una visión americanista de la historia y cultura del nuevo mundo. Veamos entonces cómo el Inca, reconfigurando objetos, plantas y animales, y desgranando anécdotas lingüísticas e históricas, liga a México, Perú, el Caribe y La Florida.

1. La Florida, «el bien perdido»

En este sentido conviene recordar que al morir Hernando de Soto en 1542, asumió el mando de la expedición Luis de Moscoso de Alvarado, a quien el Adelantado había conocido en el Perú¹. Los hombres de La Florida acordaron entonces dejar ese territorio y seguir en dirección hacia el oeste con el propósito de llegar a la Nueva España; con esta idea en mente, en junio de 1542 abandonaron el lugar donde De Soto falleció. Después de un largo recorrido que los llevó al actual estado de Texas, sin intérpretes y escasos de alimentos, decidieron retornar a la zona del Río Grande o Mississippi de donde habían partido y allí dedicarse a construir siete bergantines o «carabelones» (F, libro 5, capítulo 15, 393)². Navegando por el río debían llegar al Golfo de México y, bordeando la costa, toparse con la Nueva España donde encontrarían socorro. Además de los capitanes de cada navío, el 2 de julio de 1543 se embarcaron «trescientos cincuenta españoles, antes menos que más, habiendo entrado en la tierra muy cerca de mil [...] y hasta veinte y cinco o treinta indios e indias que de lejas tierras habían traído en su servicio...» (F, Libro 6, capítulo 1, 396)³. El 10 de setiembre de ese año, después de sufrir los ataques de los grupos indígenas de la cuenca del Mississippi, la muerte de cuarenta y ocho «castellanos» y una tormenta tropical que separó a los navíos, los expedicionarios arribaron, sin saberlo, a la zona del río Pánuco. En La Florida del Inca la llegada está marcada por el reconocimiento de objetos,

frutos y animales de los varios mundos culturales presentes en la crónica; todo ello le sirve al narrador para marcar diferencias, notar similitudes, insistir en la capacidad y valor indígenas, y comentar las consecuencias de la mala interpretación tanto como de acciones imprudentes.

Separados los navíos por una tormenta tropical, una vez en tierra novohispana un grupo de expedicionarios intenta restablecer contacto con el general Moscoso de Alvarado y su gente y para ello se ofrecieron dos voluntarios. Formaron también tres partidas con el propósito de explorar la zona y confirmar dónde estaban. Los grupos que caminaron por la costa, uno hacia el norte y otro hacia el sur, recuperaron los siguientes objetos: «un medio plato de barro blanco de lo muy fino que se labra en Talavera, y [...] una escudilla quebrada del barro dorado y pintado que se labra en Malasa» (F, Libro 6, capítulo 15, 425). Estos restos de objetos de procedencia española, paradójicamente aquí no apuntan a Europa, sino a la Nueva España. Si bien encapsulan el Nuevo y el Viejo Mundo, las circunstancias y el lugar donde se descubren privilegian el espacio novohispano y la experiencia americana emblemática en el naufragio, en la búsqueda de la ruta y las personas perdidas. Por su parte, capitaneado por Gonzalo Silvestre, el principal informante de La Florida, el tercer grupo de expedicionarios, caminó tierra adentro donde pronto se encontró con varios nativos, atrapó a uno de ellos, y cargó con las provisiones de una choza.

Cuando relata estos últimos incidentes el narrador inserta un aparentemente fortuito comentario sobre el árbol del guayabo cuya fruta recogen dos indígenas. Éste le sirve, sin embargo, para llevarnos otra vez al Caribe, zona donde se originó la fallida exploración de La Florida, y para recordar al Perú, cuya conquista, como sabemos, le facilitó a De Soto el reconocimiento y el capital para iniciar la de La Florida. A ese «árbol grande» se le llamaba «guayabo en lengua de la isla Española y savintu en la mía del Perú» (F, Libro 6, capítulo 15, 426)⁴. A ello siguen referencias a animales y alimentos que figuran entreverados dentro de la choza indígena -la zara⁵ (maíz), un pavo mexicano, el gallo y las gallinas de España, la conserva hecha de maguey⁶- y que contribuyen a saciar el hambre de los tres capitanes. No obstante, su copresencia nos lleva más allá de lo puramente biológico. Veamos por qué. El maíz, alimento principal tanto en la zona novohispana como en la andina, y el maguey, frecuente en México y en el Perú, subrayan la comunidad de ambas geografías; además, el maíz reitera el contraste con la dieta de España donde el trigo predomina; el pavo «de los de tierra de Mexico, que en el Perú no los había» (F, Libro 6, capítulo 15, 426), marca la singularidad de la zona, la diferencia mexicana. Que todo ello aparezca junto a las aves traídas por los ibéricos -«un gallo y dos gallinas de las de España» (F, Libro 6, capítulo 15, 426)-, en una choza indígena y que parte de ello primero lo consuman y después, el sobrante, junto al indígena «bien asido porque no se les huyese» (F, Libro 6, capítulo 15, 427)⁷, se lo lleven los expedicionarios, remite tanto a la cornucopia cultural que el encuentro abrió -y la escritura del Inca Garcilaso ejemplifica-, como a la continuada rapacidad que marcó el intercambio entre europeos y nativos en el norte y el sur de América.

Este capítulo inicial del arribo de los expedicionarios de La Florida a la

Nueva España concluye con una coda de corte lingüístico que bien puede considerarse emblemática de las jornadas de expansión imperial de España en América. La anécdota, sin embargo, adquiere aquí -y esto no es raro en la obra del cronista cuzqueño- particular significación porque nos transporta, como antes la guayaba y la zara, al Perú. En ella los expedicionarios le preguntan a un nativo: «¿Qué tierra es ésta y cómo se llama?» (F, Libro 6, capítulo, 15, 427). Aturdido, el indígena repetía «brezos» y «bledos» porque el apellido de su amo era Cristóbal de Brezos; sus interlocutores entendían «bledos» y responden: «Válgate el diablo, perro, ¿para qué queremos bledos?» (F, Libro 6, capítulo 15, 427). El resultado: la total incomprensión. El narrador explica: «A propósito del preguntar de los españoles y del mal responder del indio porque no se entendían los unos a los otros, habíamos puesto en este lugar la dedu[c]ción del nombre Perú [...] [que] se causó de otro paso semejantísimo a éste [...]» (F, Libro 6, capítulo 15, 427). El evocativo comentario abre el espacio textual y a la vez liga las diversas geografías. Al notar que esta incomprensión ocurre en otras partes, la voz narrativa marca la frecuencia de tales incidentes en distintas latitudes lo cual le sirve para de nuevo vincular lo novohispano y lo peruano; a la vez, particulariza el incidente cuando trae a colación el origen del nuevo nombre de su patria. Lo primero nos remite al denominador común entre acontecimientos de Norte y Sur América -la incomprensión lingüística y cultural, la violencia del encuentro-; lo segundo nos lleva a pensar en una sociedad diferente -como el nombre Perú- donde convivan y conversen disímiles interlocutores. Propongo, además, que el conflicto lingüístico señalado aquí constituye el esbozo de una provocativa propuesta desarrollada después en Comentarios reales (1.ª parte 1609, 2.ª parte 1617): la conquista del Perú no se debió a la superioridad de las armas españolas, sino a un desencuentro idiomático causado por la mala interpretación de Felipillo⁸.

Curiosamente, otra instancia lingüística sí confirma que los expedicionarios están en Nueva España. Un cirujano que había residido antes en México y «sabía algo de la lengua mexicana», le muestra a un nativo unas tijeras y éste las reconoce repitiendo defectuosamente su nombre en castellano: las llama «tiselas» (F, Libro 6, capítulo 16, 428). El regocijo que tal verificación produce -«como si a cada uno de ellos le hubieran traído el señorío de México y de todo su imperio» (F, Libro 6, capítulo 16, 428)-, contrasta con el anterior episodio de incomunicación. Entonces, el narrador, por medio del encuentro en «lengua mexicana» y española, acerca a los hablantes de ambos códigos y el mundo cultural implícito en el idioma de cada uno; propongo, además, que el episodio al mismo tiempo pone de relieve la posibilidad de entendimiento, y lo irrevocable de un futuro que por fuerza ha de incluir a hablantes de varias lenguas tanto como la diversidad cultural representada por ellas. Igualmente, tal intercambio pone de manifiesto la agencia indígena: la comunicación se efectuará siempre y cuando en el acto de habla se emplee el código apropiado.

La posterior aparición de un indio señor de vasallos, educado por un clérigo y capacitado para leer y escribir el castellano, de nuevo subraya la capacidad nativa. Su generosidad suscita igual trato de parte de los

españoles. El «curaca» mexicano -y observemos que el Inca Garcilaso opta por el vocablo quechua y no el taíno «cacique»- les obsequia a los tres expedicionarios muchas cosas, entre ellas el papel y la tinta para escribirle a Luis de Moscoso de Alvarado quien ya ha sido localizado. Así, la agencia del curaca mexicano facilita la reunión de todos los expedicionarios en la villa de Pánuco donde, a pesar de su horrible apariencia, los náufragos son acogidos con gran generosidad: «se dolieron de verlos tan desfigurados, negros, flacos y secos, descalzos y desnudos, que no llevaban otros vestidos sino de gamuza y cueros de vaca, de pieles de osos y leones y de otras salvajinas, que más parecían fieras y brutos animales que hombres humanos» (F, Libro 6, capítulo 17, 429-30). En este episodio del encuentro en la villa de Pánuco el narrador presenta dos temas recurrentes en sus escritos: la conducta como rasero para medir al ser humano de cualquier latitud, y las consecuencias personales y colectivas de las acciones guiadas por la imprudencia y la pasión. Los habitantes del pequeño y pobre pueblo ni rechazan ni juzgan a los expedicionarios por su lastimosa apariencia; se espantan, sin embargo, de su comportamiento pendenciero. La frustración de muchos de La Florida queda expuesta cuando comparan las posesiones y la vida cotidiana de los habitantes de Pánuco con lo que han dejado atrás. Todo ello los lleva a reflexionar sobre la determinación a abandonar esos ricos territorios:

«[...] ¿Es justo ni decente a nuestra honra que de señores de vasallos que pudiéramos ser hayamos venido a mendigar? ¿No fuera mejor haber muerto allí que vivir aquí?».

Con estas palabras y otras semejantes nacidas del dolor del bien que habían perdido, se encendieron unos contra otros en tanto furor y saña que, desesperados del pesar de haber desamparado la Florida donde tantas riquezas pudieran tener, dieron en acuchillarse unos con otros con rabia y deseo de matarse.

(F, Libro 6, capítulo 17, 431)

Las acusaciones y ambiciones de los conquistadores tanto como el recuerdo de las circunstancias que los obligaron a dejar La Florida, son causas de las pendencias y las muertes en Pánuco. Como los sucesos que condujeron a las guerras civiles del Perú, en ambas latitudes se dejan sentir los «efectos [...] de las determinaciones hechas sin prudencia y consejo» (F, Libro 6, capítulo 17, 432). De nuevo el narrador liga sucesos floridanos y peruanos, presentándolos en un teatro mexicano. Pasemos ahora a la recepción y estadía en México-Tenochtitlan de los expedicionarios de La Florida donde, como se verá, la conducta bélica en el evocado territorio juega un papel señero.

2. Grandezas mexicanas y mezquindades floridanas

En «la famosísima ciudad de México, la que por sus grandezas y excelencias tiene hoy el nombre y monarquía de ser la mejor de todas las del mundo» (F, Libro 6, capítulo 18, 433), explica el Garcilaso narrador, fueron recibidos por el virrey Antonio de Mendoza (1495-1552) quien poco después pasaría a gobernar Perú, coincidencia histórica aprovechada por el Inca para destacar su generosidad en América del Norte y del Sur y enlazar ambas geografías.

Antonio de Mendoza, Virrey de la Nueva España (1535-49) y del Perú (1551-52), dibujado por Guaman Poma de Ayala
GkS 2232 4to, Cortesía de la Biblioteca Real de Copenhague, Dinamarca
En efecto, el virrey Mendoza antes había encargado al corregidor de Pánuco que regalara y tratara a los expedicionarios como su «propria persona» (F, Libro 6, capítulo 17, 430). En México-Tenochtitlan los recibe a todos por igual, reconociéndolos no por su rango o prosapia, sino por sus hazañas floridanas: «El visorrey, como tan buen príncipe, a todos los nuestros que iban a comer a su mesa los asentaba con mucho amor sin hacer diferencia alguna del capitán al soldado, ni del caballero al que no lo era, porque decía que, puesto habían sido iguales en las hazañas y trabajos, también lo debían ser en la poca honra que él les hacía» (F, Libro 6, capítulo 18, 434). Argumento tan caro a Garcilaso, informa, como sabemos, la génesis misma de La Florida del Inca:

Conversando mucho tiempo y en diversos lugares con un caballero grande amigo mío [Gonzalo Silvestre], que se halló en esta jornada [de la conquista de La Florida], y oyéndole muchas y muy grandes hazañas que en ella hicieron así españoles como indios, me pareció cosa indigna y de mucha lástima que obras tan heroicas que en el mundo han pasado quedasen en perpetuo olvido. Por lo cual, viéndome obligado de ambas naciones, porque soy hijo de un español y de una india, importune muchas veces a aquel caballero escribiésemos esta historia, sirviéndole yo de escribiente.

(F, Proemio, 5)

Así, el Proemio anuncia uno de los motivos por los cuales se escribe la crónica, igualmente recalado en los capítulos finales conectados con la Nueva España. Las hazañas igualan a los «caballeros» indios y españoles en el ejercicio de las armas; ahora estos hechos reclaman la admiración del virrey Mendoza quien trata a los españoles de acuerdo, no con el rango sino reconociendo su conducta heroica. En consonancia con esta postura, el narrador destaca cómo el gobernante se deleita escuchando el relato de la destreza, ferocidad y buena disposición de los floridanos tanto como de los españoles.

Todo ello permite al narrador a situar al virrey en dos categorías: entre quienes son capaces de mirar al menos con curiosidad y hasta con cierta admiración, a la otredad americana; entre los europeos interesados en las

noticias de América, en particular si éstas atañen a tierras inexploradas y cuantiosos tesoros. En cuanto a lo segundo, conviene recordar que la documentación histórica confirma que el virrey Antonio de Mendoza envió a fray Marcos de Niza y a Esteban (1539), el esclavo del norte de África sobreviviente de otra fallida expedición floridana -la de Pánfilo de Narváez⁹-, en busca de las legendarias «siete ciudades de Cíbola». Esteban murió en la empresa, pero fray Marcos confirmó la existencia de las doradas ciudades. El Inca Garcilaso (F, Libro 6, capítulo 18, 433) y los archivos igualmente indican que, en seguimiento de estas legendarias urbes, el gobernante envió después (1540) una expedición por mar y tierra, capitaneada esta última por Francisco Vázquez de Coronado¹⁰, gobernador de la Nueva Galicia¹¹. Un año más tarde éste regresó con las manos vacías de tesoro, pero repletas de acusaciones por su maltrato a la población indígena y a otros expedicionarios como consta en la Relación (c. 1560-65) de Pedro Castañeda Nájera, uno de los participantes¹².

En su trayecto a la capital novohispana, los sobrevivientes de La Florida desfilan a pie, con pantorrillas al aire, vestidos de pieles de animales; su facha provoca la lástima de todos. Curiosamente, en otra parte de La Florida del Inca, encontramos un desfile, pero con características inversas (F, Libro 6, capítulo 22, 446-447). En el campo andaluz espectadores españoles admiran a un grupo de nativos floridanos cuyo arrojado se despliega en un incidente nada menos que con Gonzalo Silvestre, a quien hemos visto hambriento en Pánuco y entre los desastrados sobrevivientes que caminan a México-Tenochtitlan. En el desfile andaluz, el antiguo expedicionario despliega su conocimiento de La Florida recordando el nombre de varios territorios y preguntándoles a los indígenas a cuál pertenecían. Al reconocerlo como hombre de Hernando de Soto, éstos rehúsan darle información y afirman: «De mejor gana le diéramos sendos flechazos que las nuevas que nos pide» (F, Libro 6, capítulo 22, 447). En contraste con el desfile de los sobrevivientes de De Soto en México, la postura de los floridanos, su destreza al lanzar las flechas al aire, causan el espanto y la admiración de Silvestre quien se sorprende de haber salido con vida del lance. Pareciera ser que, al contraponer ambos episodios -uno en la Nueva España y otro en España-, el Inca se adelantara a su explicación sobre las antípodas incluida al comienzo de Comentarios reales:

A lo que se dize si hay antípodas o no, se podrá decir que, siendo el mundo redondo (como es notorio), cierto es que las hay. Empero tengo para mí que por no estar este mundo inferior descubierto del todo, no se puede saber de cierto cuáles provincias sean antípodas de cuáles, como algunos lo afirman, lo cual se podrá certificar más aína respecto del cielo que no de la tierra, como los polos el uno del otro y el oriente del poniente...

(CR, Libro 1, capítulo 2, 14)

Por tanto, el enjuiciamiento de personas y acontecimientos, como la ubicación de las antípodas, es cuestión de perspectiva. Para lo último la

valoración depende de un conocimiento de dónde estamos situados en el espacio; para lo primero, de la aceptación o no de una escala de valores que urge revisar en vista de las nuevas circunstancias y la diversidad de ámbitos concitados por el contacto europeo-indígena tal y como lo muestra la primera crónica del Inca Garcilaso.

Siguiendo esta propuesta, no debe sorprender que en La Florida del Inca el narrador reitere cuanto le complacía al virrey y a su hijo Francisco de Mendoza, futuro general de las galeras de España, escuchar una y otra vez el relato de la heroicidad en batalla de los indígenas floridanos (F, Libro, 6, capítulo 19, 437). La admiración del segundo por las hazañas de uno de los caciques lo llevó a repetir: «Verdaderamente, señores, que debía de ser hombre de bien Quigualtanqui». El narrador concluye: «Y con este dicho refrescaba de nuevo las grandezas del indio, eternizaba su nombre» (F, Libro 6, capítulo 8, 410). Si tomamos en cuenta la definición de «hombre de bien» según la época -«Se dice del que procede con rectitud, y es honrado y caballero en sus acciones y modo de obrar» (DA [1726] 1990: 1, 606)- el comentario del noble español coloca plenamente al cacique floridano en la ecuación caballeresca, mientras la voz narrativa reitera lo anunciado en el Proemio: la importancia de preservar los hechos gloriosos; el carácter ejemplarizante de la historia a cuyo recuento universal ingresan, por virtud de esta crónica, los indígenas de La Florida, caballeros por su osado comportamiento y sujetos históricos tan dignos como los antiguos.

Los habitantes de México-Tenochtitlan, en contraste con su indiferente recepción a los expedicionarios de Francisco Vázquez Coronado, recibieron a los hombres de De Soto con toda generosidad, solazándose en escuchar sus aventuras floridanas, agasajándolos con comidas, vistiéndolos con lo mejor, proveyéndoles desde camisas hasta peines. Igualmente, admiraron sus perlas y pieles que compraban para adornar sus vestidos. Todo ello hacía crecer el lamento de los expedicionarios por «el bien perdido», o sea, la rica tierra abandonada. La promesa del virrey Mendoza de alistar otra expedición a La Florida, no valió. Tampoco tuvieron resultado los ofrecimientos de generosos residentes de México, como nos recuerda la insolente respuesta de Diego de Tapia a uno de ellos: «Yo voy ahora al Perú donde pienso tener más de veinte estancias. Si queréis iros conmigo sirviéndome, yo os acomodaré en una de ellas de manera que volváis [a México] rico en breve tiempo» (F, Libro 6, capítulo 18, 436). Como bien observa el narrador, muchos de estos hombres ya «tenían puestos los ojos en el Perú» (F, Libro 6, capítulo 18, 435)13.

Entre quienes viajaron al sur se encuentran dos informantes conocidos de La Florida del Inca: Gonzalo Silvestre, el principal, y Alonso de Carmona, autor de una relación sobre la fallida expedición. Ellos dos, junto a otros 16 sobrevivientes, decidieron probar suerte en el revuelto virreinato peruano, donde por entonces los conquistadores luchaban entre sí y contra la imposición de las Nuevas Leyes en una etapa históricamente conocida como «las guerras civiles». Investigaciones recientes han confirmado detalles adicionales sobre estos dos «peruleros». Por una deposición firmada por Carmona, sabemos que éste era natural de la villa de Priego, población vecina a Montilla; sabemos también que hacia 1556 vivía en el Cuzco. Entonces, no sería desacertado suponer que allí conoció

al capitán Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas y a su joven hijo. Carmona regresó a su pueblo natal en 1572, y allí escribió Peregrinaciones, un tratado hoy perdido detallando su participación en la expedición de De Soto. Antes de su muerte en 1591, le envió el manuscrito al Inca Garcilaso, quien por entonces residía en Córdoba (F, Proemio, 6; Avellaneda 1990, 21). En el Perú, Gonzalo Silvestre luchó bajo el pendón real en las guerras civiles. Participó en las famosas batallas de Huarina (1547) y Chuquina (1554); la primera de triste recordación para el Inca Garcilaso¹⁴; en la segunda, el bando realista fue derrotado y Silvestre resultó mal herido. Expulsado repentinamente del virreinato junto con otros veteranos de las guerras civiles por la política dura que contra ellos siguió el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, Silvestre, se reencuentra con Garcilaso en Madrid (1561), ambos como pretendientes. Por un memorial testamentario del Inca (22 de abril de 1616) nos enteramos de que se habían conocido en el Cuzco al menos desde 1553, cuando el futuro historiador tenía apenas 14 años (Miró Quesada 1956: xlvi). Así, en la metrópoli se reanudaron los lazos que, seguramente, los llevaron a recordar los viejos tiempos en el Cuzco, en el virreinato del Perú¹⁵.

3. Conclusión

Vistos de este modo, los capítulos finales de La Florida del Inca donde tan prominentemente figura la Nueva España, cumplen varios propósitos. Los animales domésticos delimitan zonas o postulan nexos dentro de una vasta geografía: el pavo o «gallo de Indias», como lo llamó Covarrubias en su Tesoro, singulariza a México; los nombres de la guayaba ligan al Caribe y los Andes; la zara nos refiere a la compartida cultura americana del maíz; los gallos y gallinas de Europa afirman el irrevocable asentamiento de productos y personas de ese continente en el Nuevo Mundo. Los objetos foráneos -la loza, el papel y la tinta-, adquieren otras valencias: los restos de platos fraguados en Talavera y Malasa, no remiten a su lugar de origen sino a la Nueva España; el papel y la tinta no lo otorgan ni un clérigo ni un escribano, sino una nueva y emblemática figura de la ecuación colonial: el indio letrado cuya agencia comunica aquí a sendos grupos de expedicionarios procedentes de La Florida¹⁶. Los dobles episodios lingüísticos, uno de diglosia («lengua mexicana» y castellana) y otro de total incomunicación, destacan la relevancia y validez del conocer la lengua, de incorporar y equiparar los códigos necesarios para establecer el diálogo intercultural. Así lo reafirma la mención al origen del nombre Perú cuya historia el narrador confiesa haber trasladado a Comentarios reales.

Escribano indígena o qilqay kamayuq de los Andes en representación de Guaman Poma de Ayala

GkS 2232 4to, Cortesía de la Biblioteca, Real de Copenhague, Dinamarca

La llegada de los sobrevivientes a México-Tenochtitlan da cuenta de la generosidad del virrey Mendoza y de los mexicanos, en contraste con la mezquindad y los pleitos de los hombres de De Soto cuyo accionar lo impulsan la imprudencia y la pasión. El relato floridano se abre entonces contraponiendo episodios que obligan al receptor a nuevas categorías de reflexión, necesarias para comprender el sentido de, por ejemplo, el desfile de los misérrimos españoles en camino a la capital novohispana en contraste con el desfile de los floridanos en Andalucía también detallado en el sexto libro. El sumario de las hazañas tanto españolas como indígenas que los sobrevivientes le cuentan a un interesado público, nos lleva a la génesis de la obra, al diálogo de dos de sus voces narrativas, la del Inca Garcilaso y la de Gonzalo Silvestre. En el Proemio, la primera voz conmina a la segunda a poner por escrito, o sea, a perpetuar la memoria de las heroicidades de indígenas y europeos en Norteamérica; en la crónica tales hazañas transforman a los nativos de La Florida en caballeros. La presencia de Gonzalo Silvestre en México, la alusión a su relato y a los textos complementarios de Alonso de Carmona y de Juan de Coles en el curso de los capítulos novohispanos, la mención del futuro destino peruano del virrey Mendoza a quien acompañará Luis de Moscoso de Alvarado, el capitán de la expedición a la muerte de Hernando de Soto, traen a colación la multiplicidad de geografías, experiencias y voces volcadas en la crónica. A su vez, la mención de la «grandeza mexicana» -por decirlo aludiendo al título del poema de Bernardo de Balbuena, coetáneo del Inca-, la constante presencia del Perú, el accionar de los sobrevivientes de la expedición de Hernando de Soto quienes partieron primero de San Lúcar de Barrameda y después de La Habana y terminaron muertos en La Florida o en camino a la Nueva España, o acuchillados por sus compañeros en Pánuco o en la capital novohispana, o en busca de nuevos destinos en Perú, España y México, le otorgan a este sector de La Florida una tensión e inestabilidad que llevan al lector de una geografía a otra y lo fuerzan a pensar en América como una totalidad, a reflexionar sobre la historia compartida. Vista así, La Florida del Inca se erige en texto magistral, raíz y atalaya desde donde escuchamos el palpito de un pasado siempre presente, y avizoramos el futuro de Nuestra América cuya entretejida historia, entonces y hoy, se forja en el Atlántico y el Pacífico, en el norte y el sur.

Bibliografía

Adorno, Rolena. «Images of Indios Ladinos in Early Colonial Peru». *Europeans and Andeans in the Sixteenth Century*. Ed. Kenneth J. Andrien y

- Rolena Adorno. Berkeley, University of California Press, 1991. Pp. 231-69.
- Adorno, Rolena y Patrick Charles Pautz. *Álvar Núñez Cabeza de Vaca: His account, his Life, and the Expedition of Pánfilo de Narváez*. 3 vols. Lincoln, University of Nebraska Press, 1999.
- Avellaneda Navas, José Ignacio. *Los sobrevivientes de la Florida. The Survivors of the De Soto Expedition*. Research Publications of the P. K. Yonge Library of Florida. N.º 2. Gainesville, University of Florida Libraries, 1990.
- Chang-Rodríguez, Raquel. «Sobre la vertiente filosófica de La Florida del Inca». En *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos XVI y XVII*. 2.ª ed. México-Washington, Frambuesa y Literal Books, 1994. Pp. 27-54.
- , ed. *La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII. Historia de la literatura mexicana, siglo XVII*. México, Siglo XXI-UNAM, 2002.
- . «Quimera histórica y reafirmación indígena en La Florida del Inca». *Studi Ispanici* (2005): 267-76.
- , ed., introducción y cronología. *Franqueando fronteras: La Florida del Inca y Garcilaso de la Vega*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua castellana o española [1611]*. Madrid, Turner, 1979.
- Diccionario de Autoridades [1726]*. Ed. facsímil. 3 vols. Madrid, Gredos, 1990.
- Dowling, Lee. «La Florida del Inca: Garcilaso's Literary Sources». En Galloway. *The Hernando de Soto Expedition*. Pp. 98-154.
- Durand, José. *El Inca Garcilaso, clásico de América*. México: SepSetentas, 1976.
- Galloway, Patricia, ed. *The Hernando de Soto Expedition: History, Historiography, and Discover in the Southwest*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1997.
- . «The Incestuous Soto Narratives». En Galloway. *The Hernando de Soto Expedition*. Pp. 11-44.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *La Florida del Inca [1605]*. Prólogo de Aurelio Miró Quesada. Estudio bibliográfico de José Durand. Edición y notas de Emma Susana Speratti Piñero. México, Fondo de Cultura Económica, 1956.
- . *Comentarios reales [1609]*. Ed. de Ángel Rosenblat con Prólogo de Ricardo Rojas. 2 vols. Buenos Aires, Emecé, 1943.
- . *Historia general del Perú [1617]*. 3 vols. Ed. de Ángel Ronseblat con Prólogo de Ricardo Rojas. 3 vols. Buenos Aires, Emecé, 1944.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe. *Primer nueva corónica y buen gobierno [1615]*. [Documento en línea]. Edición facsimilar digitalizada. Biblioteca Real de Copenhague, 2001. [Consultada: 15/04/2009].
- Hilton, Sylvia-Lyn. Introducción a su edición de Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca*. Madrid, *Historia* 16, 1986. Pp. 7-57.
- López-Baralt, Mercedes, ed. e introducción. *Comentarios reales y La Florida del Inca. De Garcilaso de la Vega Inca*. Madrid, Espasa-Calpe, 2005.

- Mazzotti, José Antonio. Coros mestizos del Inca Garcilaso: resonancias andinas. México-Lima, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Miró Quesada y Sosa, Aurelio. Prólogo. En Garcilaso de la Vega, Inca. La Florida del Inca. Pp. ix-lxxvi.
- . «Creación y elaboración de La Florida del Inca». Cuadernos Americanos 3: 18 (1989): 152-71.
- . El Inca Garcilaso. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1994.
- Mora, Carmen de. Introducción. La Florida del Inca de Garcilaso de la Vega, Inca. Ed. Carmen de Mora. Madrid, Alianza, 1988. Pp. 19-81.
- , ed. Las siete ciudades de Cibola. Textos y testimonios sobre la expedición de Vázquez Coronado. Sevilla: Alfar, 1992.
- «MOSCOSO ALVARADO, LUIS DE.». [Documento en línea] Handbook of Texas Online, s. v., [Consultada: 15/04/2009].
- Pupo-Walker, Enrique. Historia, creación y profecía en los textos del Inca Garcilaso de la Vega. Madrid, Porrúa, 1982.
- Romero Galván, José Rubén. «Los cronistas indígenas». En Chang-Rodríguez. La cultura letrada. Pp. 270-87.
- Soto, Hernando de. Carta escrita en la bahía de Tampa al Fiscal de la Audiencia de Santiago de Cuba. [Documento en línea] American Journeys, [Consultada: 15/04/2009].

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario